

La excursión del caos

En el aire se respiraba un ambiente vacacional y tres amigos se pusieron en marcha hacia Ámsterdam en un pequeño coche. Tenían todo organizado, pero a la vez, nada, en especial les faltaba un sitio donde dormir; en cuanto llegaron allí, pensaron, lo encontrarían todo en un abrir y cerrar de ojos, sin embargo...

Cuando tras un cómodo viaje llegaron a Ámsterdam, aparcaron el coche cerca de la estación, en una gran zona de aparcamiento. Lo prioritario era encontrar un hotel, por lo que se marcharon en busca de uno. No obstante, después de que les ofrecieran camas en el primer hotel que vieron, los tres pensaron que, como tenían previsto, no iba a ser un problema y que lo único importante era que les gustara el hotel en el que se registraran.

Caminaron el día entero por Ámsterdam, de un monumento a otro, sin pensar apenas en el hotel. Así, el día fue oscureciendo y cayó la noche. Como era Semana Santa, todo estaba ya reservado, por lo que habían perdido su único tren: el consuelo brindado por tres camas y una ducha. Pero todavía tenían el coche, así que estuvieron de acuerdo en dormir una noche en el coche y a la mañana siguiente registrarse definitivamente en un hotel. Antes de preparar el coche para hacerlo acogedor, dieron una vuelta por el aparcamiento. Delante de ellos había aparcado un italiano y a la izquierda un francés, a la derecha un español y justo al lado se encontraba un sanmarinense, lo que era una rareza. Un pequeño crisol europeo. Al parecer tenían el mismo destino: una noche sin hotel...

Al igual que la noche, también el cansancio cayó sobre ellos. Es de admirar lo que el cansancio le hace a uno. La estrechez e incomodidad convirtió el coche, en menos que canta un gallo, en tres camas con dosel y perfume de rosas, y eso que solo el olor a pies habría podido dejar atónito a cualquiera. Pero en este escenario todo era perfecto y fragante, hasta que se rindieron mágicamente al sueño.

A las cuatro de la mañana sonaron golpes en la ventanilla. Una mujer de negro de la Oficina de Orden Público se alzaba ante ellos. Les explicó que, en Holanda, estaba prohibido pasar la noche en el coche, que era equivalente a la acampada libre y que les daba un recibo, pero que no hacía falta pagarlo, así que cogió sus documentos personales. Después hizo también lo mismo con los pobres compañeros de fatigas europeos, que dormían en sus coches con las ventanillas empañadas de vaho.

Así pues, la mujer de la oficina de orden público regresó a su coche con un bolso lleno de identificaciones para escribir los recibos. Los amigos se preguntaron entre sí: "¿Vamos a recibir un recibo, una multa, que no debemos pagar? ¿Cómo son de extraños los holandeses?". Bromearon y mencionaron las drogas que en Holanda son legales, y se rieron de todo ello. Bueno, si ellos lo permiten, que así sea.

Cuando volvió para entregarles sus identificaciones y los recibos, les dio las gracias amablemente con una sonrisa, que los tres respondieron de igual forma, y les deseó un buen día. Todos los compañeros europeos de fatigas debieron de ser embaucados de la misma forma.

En cuanto el más joven tuvo la idea de mirar los recibos, se dieron cuenta de que la tonta holandesa no solo les había mentido, sino que además les había endiñado a cada uno una multa de 140 euros. Los tres saltaron enfurecidos fuera del coche, hacia la farola más próxima para leer el recibo de nuevo, con un cigarrillo en la mano, pero ninguno sabía holandés. En breves instantes se abrieron las puertas de los coches de los demás compañeros europeos de fatigas. Brincaron fuera de sus coches y se reunieron como gotas buscando un miserable y desamparado consuelo que se iba por la alcantarilla.

Así permanecieron todos los multados, atónitos bajo las farolas, y compararon los recibos con una confusión babilónica entre chapurreos en inglés, alemán, francés, español, italiano o griego y, por lo que se ve, a todos les había contado la misma historia y probablemente también a cientos de personas, incluso miles, a diario, durante todo el año.

Europa se deja absorber... Como dijo una vez un filósofo: "Tanto por lo grande, como por lo pequeño". Diecisiete tontos europeos habían recibido una multa de un total de 2380€ en media hora, un buen cobro. Al menos todos habían sido tratados con igualdad: como extranjeros, no como víctimas. Los tres subieron al coche decepcionados, decepcionados por tener que pagar 420€ de multa del dinero de sus vacaciones. El dinero era importante, por lo que decidieron volver a su hermosa Alemania pensando: Holanda, volveremos.

de Melanos Oloros (seudónimo) - Alemania

Traducción del alemán al español realizada por la iniciativa PerMondo, con ayuda de la agencia de traducción Mondo Agit. Traductora: Teresa Rodríguez Fuentes. Revisora: Iosune Ojer Torres (España, iojertorres@gmail.com)